

X

El cuarto de la calle de Constantinopla estaba empecatado y triste. Clotilde de Marelle y Jorge Du Roy se habían encontrado en la puerta, habían entrado bruscamente y antes de que el periodista pudiese siquiera abrir las persianas, le había dicho ella :

- ¿Conque te casas con Susana Walter?
Jorge lo declaró con afabilidad y agregó :
— ¿No lo sabías?

Furiosa é indignada y de pie delante de él repitió todavía Clotilde :

— ¡Conque te casas con Susana Walter! ¡Es el colmo! ¡es el colmo! ¡Y para esto me has venido halagando estos tres últimos meses, para ocultármelo! Todo el mundo lo sabe menos yo, y si no me lo dice mi marido, no lo sé tampoco.

Du Roy se echó á reír, aunque no de muy buena gana, pues la escena le tenía algún tanto turbado, y después que dejó el sombrero en un extremo de la chimenea, se sentó en una butaca.

De frente Clotilde le miraba y, viendo que él no decía nada, prosiguió en voz baja y con irritación en el acento:

— Desde que has abandonado á tu mujer, preparabas ya este golpe y me guardabas entretanto bonitamente como querida para ganar tiempo. ¡Qué miserable eres!

— ¿Por qué? preguntó Jorge. Tenía una mujer que me engañaba, la sorprendí con su amante, he obtenido el divorcio, y ahora me caso con otra. No veo cosa más sencilla.

— ¡Oh! qué taimado eres y qué peligroso, murmuró Clotilde estremeciéndose de ira.

El periodista volvió á sonreír.

— ¡Pardiez! dijo, los imbéciles y los tontos son fáciles de engañar siempre.

Pero Clotilde seguía con su idea.

— Yo debiera haberte conocido desde un principio, pero nunca podía imaginarme que fueras un crápula semejante.

Jorge tomó una actitud digna.

— Te ruego que moderes tu lenguaje

M^{me} de Marelle se sublevó entonces contra aquella indignación :

— ¡Cómo! ¿pretendes ahora que me ponga guantes para hablarte? Te vienes conduciendo conmigo como un miserable desde que te conozco. ¿Y quieres que no te lo diga?... Tú engañas á todo el mundo, explotas á todo el mundo, en todas partes encuentras placer ó dinero de que apoderarte, ¿y quieres que te trate como á un hombre honrado?

Du Roy se levantó :

— Cállate ó te hago salir de aquí, le dijo temblándole los labios.

— ¿Salir de aquí?... ¿salir de aquí?... ¿Tú me harías salir de aquí? ¿tú?... ¿tú?...

Ya no podía hablar de tanto como la cólera la sofocaba, y bruscamente, lo mismo que si la puerta de su furor se hubiese roto, estalló :

— ¿Salir de aquí?... ¿Te olvidas sin duda de que soy yo quien desde el primer día he venido pagando esta casa? ¡Ah! ¡vamos! eso es porque de tiempo en tiempo lo has pagado por tu cuenta. ¿Pero quién lo alquiló?... Yo... ¿Quién lo ha retenido luego?... Yo... ¿Y quieres todavía hacerme salir de aquí? ¡Cállate, granuja! ¿Crees que no sé cómo has robado á Magdalena la mitad de la herencia de Vaudrec? ¿Crees que no sé del modo que te has valido para dormir con Susana y obligarla á que se case contigo?...

Du Roy la cogió por los hombros y la zarandeó con rabia.

— No hables de ella. Te lo prohibo.

— Sí, sí, gritó Clotilde, has dormido con ella.

Jorge hubiera aceptado todo menos aquella mentira que le exasperaba. Las verdades que su querida le había gritado en el rostro un momento antes, le habían hecho sentir en el corazón estremecimientos de cólera,

pero aquella falsedad acerca de la joven que iba á ser su esposa, despertaba en la palma de su mano un deseo violento y furioso de herir.

— ¡Cállate... mucho cuidado... con lo que dices, cállate!...

Y agitaba la mano como cuando se agita una rama para hacer que caiga la fruta.

Despeinada y con los ojos saltones, Clotilde abrió entonces la boca cuanto grande era y aulló :

— Sí, sí, has dormido con ella.

El periodista dejó de sujetarla los hombros y la dió una bofetada tal en el rostro que la joven fué á caer contra la pared. Pero en seguida se volvió hacia él y, levantándose por encima de sus puños amenazadores, vociferó una vez más :

— Has dormido con ella, sí.

Du Roy se arrojó sobre su querida, la tiró al suelo y empezó á darle golpes como si fuera un hombre á quien golpease.

La joven se calló de repente y se puso á gemir. Había ocultado la cara en el ángulo que la pared formaba con el entarimado y, sin moverse ya, lanzaba gritos lastimeros.

Du Roy dejó de pegarla y se levantó. Luego dió por la estancia algunos pasos para recobrar su sangre fría y, asaltado por una idea, pasó á la alcoba, llenó de agua fría la palangana y sumergió en ella la cabeza. En seguida se lavó las manos y, mientras se las enjugaba con esmero, volvió hacia donde estaba Clotilde, para ver lo que hacía.

M^{me} de Marelle no había vuelto á respirar y permanecía tendida en tierra llorando dulcemente.

— ¿Concluyes ó no de lloriquear? dijo Du Roy.

Ella no respondió. El periodista permaneció de pie un instante en medio de la pieza, cohibido y un poco avergonzado á la vista de aquel cuerpo tendido delante de él.

De pronto adoptó una resolución y tomó de encima de la chimenea su sombrero de copa :

— Buenas tardes. Entrega al portero la llave cuando te marches. Yo no voy á esperar aquí hasta que te dé la gana.

Al salir cerró la puerta y, entrando en la habitación del portero, le dijo :

— La señora está dentro y se irá de aquí á un rato. Diga Vd. al casero que yo dejo el cuarto el 1º de octubre; como estamos á 16 de agosto, me encuentro dentro de los límites marcados por la ley.

Y echó á andar de prisa, pues tenía algunas compras urgentes que hacer para la canastilla de boda.

El matrimonio estaba fijado para el 20 de octubre después de la reapertura de las Cámaras, y tendría lugar en la Magdalena.

Habíase hablado mucho sin saber de un modo exacto la verdad y circulaban historias diferentes. Se cuchicheaba que había habido raptó, pero nadie estaba seguro de ello.

Al decir de los criados, M^{me} Walter, que no hablaba ya á su futuro yerno, se había envenenado, desesperada de rabia, la noche misma en que la unión fué decidida, después de haber hecho conducir á su hija al convento á media noche. La señora había sido recogida casi muerta y seguramente no se repondría jamás. Ahora tenía el aire de una vieja con sus cabellos que blanqueaban ya casi completamente, había caído en la devoción y comulgaba todos los domingos.

En los primeros días de septiembre *La Vida Francesa* anunció que el barón Du Roy de Cantel pasaba á redactor en jefe del periódico, conservando siempre Mr. Walter su título de director.

Un verdadero batallón de cronistas conocidos, de redactores políticos, de críticos de arte y de teatros, que figuraban en los periódicos parisienses de más autoridad y renombre, entraron á formar parte de *La Vida Francesa*, conquistados á fuerza de dinero.

Los periodistas antiguos, otras veces respetables y graves, no se encogían ya de hombros como antes al hablar de *La Vida Francesa*. El éxito rápido y completo había destruído el desdén con que los escritores serios consideraban en sus comienzos á la publicación del judío Walter.

El matrimonio de su redactor en jefe fué lo que se llama un verdadero acontecimiento parisiense, pues lo mismo los Walter que Jorge Du Roy habían despertado gran curiosidad desde hacía algún tiempo. Todo ese mundo que se cita en los Ecos de los periódicos se prometió asistir.

El matrimonio se celebró en un claro día de otoño.

Desde las ocho de la mañana todo el personal de la Magdalena se ocupaba en cubrir con un ancho tapiz encarnado, las gradas de la alta escalinata de aquella iglesia, desde donde se domina la Calle Real, y el pueblo de París se detenía al pasar comprendiendo que iba á tener lugar una gran ceremonia.

Los empleados que se dirigían á sus oficinas, y lo mismo las obrerillas, los dependientes de comercio que pasaban, se detenían un momento y miraban pensando vagamente en las gentes ricas que gastaban tanto dinero para casarse.

Á eso de las diez los curiosos comenzaban ya á estacionar y permanecían unos cuantos minutos esperando que tal vez comenzara enseguida y se marchaban luego.

Una hora más tarde llegaron destacamentos de guardias municipales, los cuales empezaron casi inmediatamente á tomar medidas para que la gente circulase, pues á cada instante se formaban grupos que impedían el paso.

Pronto aparecieron los primeros invitados, aquellos que tenían interés en situarse bien para ver todo, y se los vió ocupar las sillas de los bordes á lo largo de la nave central.

Poco á poco fueron llegando otros, señoras que hacían un ruido enorme con sus trajes de seda, hombres severos, calvos casi todos, que andaban con una corrección elegante y resultaban todavía más graves en aquel sitio.

La iglesia se iba llenando lentamente. Por la inmensa puerta abierta de par en par penetraba una ola de sol que alumbraba las primeras filas de los invitados.

El altar mayor, cubierto completamente de cirios, proyectaba una claridad amarilla, humilde y pálida sobre el coro, el cual parecía algún tanto oscuro enfrente del enorme agujero de luz que penetraba por la gran puerta.

Los invitados se reconocían y se llamaban con un signo y se reunían por grupos. Los hombres de letras, menos respetuosos que los de la alta sociedad, hablaban á media voz, y el público miraba á las mujeres.

Noberto de Varenne, que buscaba con la vista un amigo, divisó á Jacobo Rival hacia la mitad de las líneas de sillas y se acercó.

— Está visto que el porvenir es de los hábiles, dijo.

Rival, que no era envidioso, respondió :

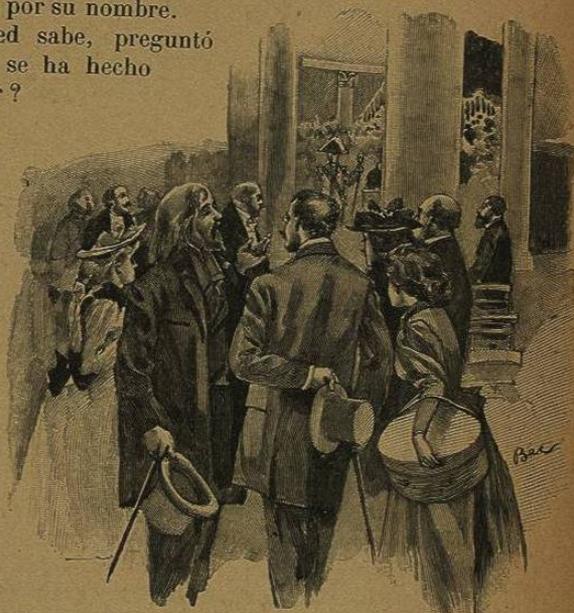
— Mejor para él. Ha hecho ya lo principal de su camino.

Y cuando uno ú otro descubrían caras conocidas, las designaban por su nombre.

— ¿ Usted sabe, preguntó Rival, qué se ha hecho de su mujer ?

— Sí y no, respondió el poeta sonriendo. Me han dicho que vive muy retirada en el barrio de Montmartre. Pero... (hay un pero)... desde hace algún tiempo leo en *La Pluma*

algunos artículos políticos que se parecen á los de Forestier y á los de Du Roy de un modo terrible, y los firma un joven guapo é inteligente llamado Juan Le Dol, de la misma raza que nuestro amigo Jorge y que ha hecho conocimiento con la antigua mujer de éste. De lo cual yo he deducido que, como siempre, le siguen gustando los que empiezan. Esto aparte, Vd. sabe que ella es rica. No en balde han sido los asiduos de la casa Vaudrec y Laroche-Mathieu.



— No está mala muchacha Magdalena, dijo Rival. Es muy fina y muy taimada y al descubierto debe ser una mujer encantadora. Pero dígame, ¿cómo se explica que Du Roy se case en la iglesia á pesar de ser un divorciado?

— Porque para la Iglesia no estaba la primera vez casado.

— No lo entiendo.

— Pues muy sencillo. Ya fuese por indiferencia, ya por economizarse gastos, Du Roy había juzgado suficiente la alcaldía al casarse con Magdalena Forestier. Por lo tanto había prescindido de la bendición eclesiástica, lo cual constituía para nuestra santa madre Iglesia un simple estado de concubinato, y al llegar hoy ante ella, como un soltero cualquiera, la Iglesia le presta todas sus pompas que por cierto deben costarle caras al viejo Walter.

El rumor de la gente, que se había hecho numerosa debajo de la bóveda, se agrandaba, y se oían algunas voces que hablaban casi alto. Los invitados mostrábase unos á otros algunos hombres célebres que, contentos de ser vistos, se exhibían ufanos, guardando con esmero delante del público las maneras á que estaban acostumbrados ya en otras fiestas, de las cuales creían ser ornamentos indispensables, algo así como objetos de arte.

— Dígame, querido, volvió á decir Rival, Vd. que va con frecuencia á casa del amo, ¿es cierto que M^{me} Walter y Du Roy nunca se hablan?

— Jamás. Ella no quería entregarle la pequeña Susana, pero Du Roy tenía sujeto al padre por no sé qué escándalo de cadáveres descubiertos, cadáveres enterrados en Marruecos, y amenazó al viejo con revelaciones espantosas. Walter se acordó de lo que le ocurrió á

Laroche-Mathieu y cedió en seguida. Pero la madre, cabezuda como todas las mujeres, ha jurado que jamás dirigiría la palabra á su yerno, y en frente uno de otro resultan dos seres originales: ella tiene el aire de una estatua, la estatua de la venganza, y él por su parte se ve que también está violento, por más que, como sabe gobernarse perfectamente, lo disimula.

Algunos compañeros de periodismo se acercaron á saludarlos. Oíanse algunas frases cortadas de conversaciones políticas y vago, como el ruido de una mar lejana, entraba por la puerta juntamente con el sol el murmullo del pueblo allí agrupado delante de la iglesia y se elevaba luego bajo la bóveda por encima de la agitación más distinguida y discreta del escogido público aglomerado en el interior del templo.

De pronto el suizo de la Magdalena golpeó tres veces con su alabarda sobre el pavimento de madera. Toda la asistencia volvió la cabeza y se sintió un prolongado crujido de las sedas y un estrépito grande de las sillas. La joven apareció del brazo de su padre bajo la luz viva y brillante del frontispicio de la iglesia.

Susana tenía siempre el mismo aspecto de juguetito, de un juguetito delicioso y blanco cubierto por una corona de flores de azahar.

Algunos instantes permaneció en el vestíbulo y así que dió el primer paso hacia la nave los órganos lanzaron un grito poderoso y anunciaron con su gran voz de metal la entrada de la desposada.

Entraba con la cabeza baja, aunque sin aparecer por eso tímida, y parecía más bien una miniatura de desposada, encantadora y bonita, dulce y vagamente emocionada. Las mujeres la sonreían y murmuraban mirándola al pasar. Los hombres cuchicheaban:

« Exquisita, adorable. » Mr. Walter marchaba con una dignidad exagerada, un poco pálido y con los lentes caídos á plomo sobre la nariz.

Detrás de ellos seguían cuatro señoritas de honor, vestidas todas ellas de color rosa, y hermosas las cuatro, formando la corte de aquella alhaja de reina. Iban á continuación los caballeros de honor perfectamente elegidos por su analogía con el porte del desposado, y al verlos marchar con aquel paso regular y simétrico, diríase que un maestro de baile los había previamente aleccionado.

M^{me} Walter los seguía, dando el brazo al padre de su otro yerno, al marqués de Latour Ivelin, que era un señor de setenta y dos años. Más que andar diríase que la pobre señora se arrastraba presta á desvanecerse á cada uno de los movimientos que efectuaba hacia adelante.

Veíase que sus pies se pegaban al enlosado del templo, que sus piernas se negaban á avanzar, que su corazón le latía en el pecho como un animal que diese brincos para escaparse de allí.

Notábasela más delgada y sus blancos cabellos hacían aparecer más pálido todavía y más hueco su semblante.

M^{me} Walter miraba delante de ella, sin desviar un ápice la vista, tal vez á fin de no ver á nadie, para no pensar acaso sino en aquello que la torturaba.

Jorge Du Roy apareció luego dando el brazo á una señora vieja y desconocida. Llevaba levantada la cabeza y tampoco volvía sus ojos, fijos y duros, para mirar á nadie. Sus cejas aparecían ligeramente crespadas y también su bigote parecía irritado sobre el labio. Se le encontraba un muchacho arrogante y hermoso.

Entraba con fiero y orgulloso porte, y su fina cintura y lo recto y garboso de su paso realizaban la elegancia del frac, en el que se descubría, como una gota de sangre, la pequeña cinta roja de la Legión de Honor.

Aparecieron luego los parientes. Rosa, que estaba casada desde hacía seis semanas, daba el brazo al senador Rissolin, y el conde de Latour Ivelin acompañaba á la vizcondesa de Percemur.

Por último apareció una procesión de aliados ó amigos que Du Roy había presentado á su nueva familia, gentes conocidas, aunque poco apreciadas del gran mundo, de esas gentes que en seguida son los íntimos y en ocasiones hasta los parientes ó los primos lejanos de los advenedizos enriquecidos, hidalgos fuera de su rango, arruinados ó deshonorados, casados muchas veces que es lo peor. Entre ellos aparecieron Mr. de Belvigne, el marqués de Banjolin, el conde y la condesa de Ravenel, el duque de Ramorano, el príncipe de Kravalow y el caballero Valreali. Como invitados de Walter, el príncipe de Gueréhe, el duque y la duquesa de Ferraine y la hermosa marquesa de las Dunas. Algunos provincianos parientes de Walter, guardaban en medio de aquel brillante desfile un aire *comme il faut*.

Y los órganos cantaban siempre lanzando por el enorme monumento, cual si gritaran al cielo, las alegrías y los dolores de los hombres, sus rítmicos y roncós acentos, salidos de sus relucientes gargantas.

Así que se cerraron los dos grandes batientes de la entrada, el templo se quedó oscuro de pronto como si se acabase de poner al sol á la puerta.

Jorge estaba ahora arrodillado en el coro al pie de Susana, enfrente del altar iluminado. El nuevo obispo de Tanager, báculo en mano y cubierto con la mitra,

apareció por la puerta de la sacristía para unir á los dos jóvenes en nombre del Eterno, y después de hacer las preguntas de rúbrica, cambió los anillos, pronunció las palabras que ligan como cadenas y dirigió á los nuevos esposos una alocución cristiana, hablándoles de la fidelidad largamente y en términos pomposos. Era un hombre grueso y de gran estatura, uno de esos hermosos prelados en los que el vientre es una majestad.

Un ruido de sollozos hizo que volvieran la cabeza algunos de los invitados.

M^{me} Walter lloraba con el rostro entre sus manos.

¡Al fin había tenido que ceder! ¿Podía hacer otra cosa? Pero desde el día en que había expulsado de su gabinete á su hija, ya de regreso, rehusando besarla, desde el día en que en voz baja había dicho á Du Roy que la saludaba ceremoniosamente al reaparecer ante ella: «Es Vd. el ser más vil que conozco, no me hable jamás porque no le responderé,» sufría una tortura intolerable é imposible de calmar. Odiaba á Susana con un odio agudo formado de pasión exasperada y de celos desgarradores, celos extraños de querida y de madre, imposibles de confesar, feroces, urentes como una úlcera en carne viva.

¡Y he aquí que un obispo los casaba á su querido y á la hija, en una iglesia, á la vista de dos mil personas y delante de ella, sin que pudiese decir nada ni impedirlo! No podía gritar:

— Ese hombre es mío, es mi amante. La unión que bendecís es infame.

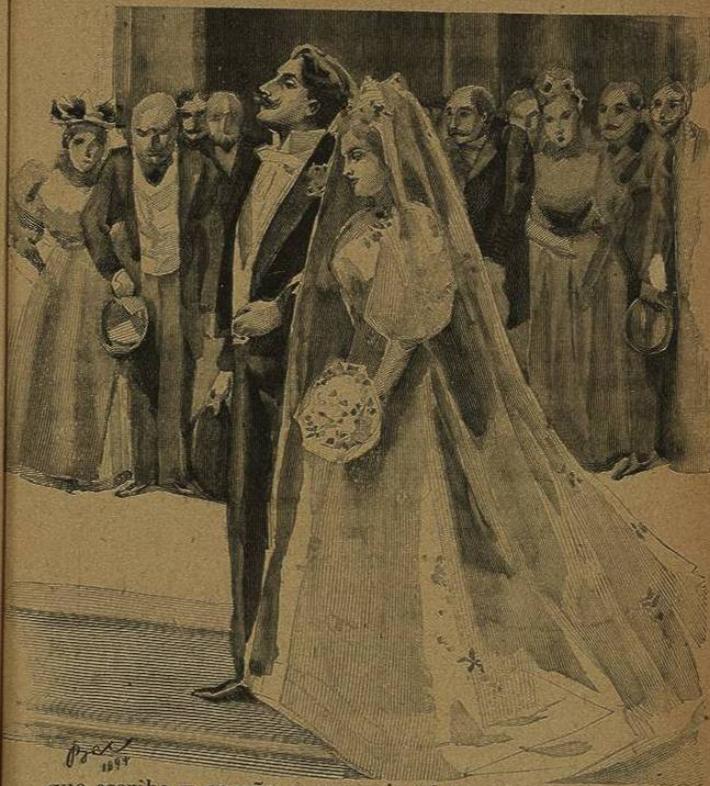
Muchas señoras murmuraron enternecidas:

— ¡Qué emocionada está la pobre madre!

El obispo seguía declamando:

— Pertenecen Vds. á los felices de la tierra, á los

más ricos y respetados. Usted, caballero, á quien su talento eleva por encima de los otros hombres, Vd.



que escribe y enseña y aconseja al pueblo, Vd. que le dirige, tiene una excelente misión que cumplir, un hermoso ejemplo que dar...

Du Roy escuchaba embriagado de orgullo. Un prelado

de la Iglesia romana le hablaba de aquella suerte, y detrás de sí sentía una multitud y una multitud ilustre que había ido allí por él. Parecía como si una fuerza le empujase y le levantase, á él, al hijo de dos pobres campesinos de Canteleu que llegaba á ser uno de los señores de la tierra.

De pronto se le aparecieron ante su vista, allá en su humilde taberna, en lo alto de la cuesta y por encima del gran valle de Ruán su padre y su madre dando de beber á los lugareños del país. Cuando heredó del conde de Vaudrec les había mandado cinco mil francos, ahora iba á enviarles cincuenta mil con los que comprarían una pequeña hacienda y vivirían contentos y dichosos.

El obispo había terminado su arenga. Un sacerdote vestido de una estola dorada subía al altar, los órganos comenzaron de nuevo á celebrar la gloria de los dos esposos, y en seguida lanzaron al viento notas prolongadas, clamores enormes hinchados como olas y tan sonoros y potentes que parecía como si debiesen levantar aquellas bóvedas y volar los techos para luego esparcirse por el firmamento azul.

Aquellas notas vibrantes llenaban toda la iglesia y hacían estremecer la carne y las almas de los asistentes á la ceremonia, luego se calmaban de pronto y en el aire corrían notas finas y alertas que rozaban como ligeros soplos todos los oídos, cantos graciosos, menudos, retozones, que aleteaban como pájaros. De repente la coqueta música aumentaba de intensidad hasta hacerse espantosa de amplitud y de fuerza, lo mismo que si un grano de arena se metamorfosease de repente en un mundo.

Después se elevaron en el espacioso templo voces

humanas y pasaron por encima de las inclinadas cabezas. Vauri y Landeck de la ópera cantaban en aquella ceremonia. El incensario esparcía un fino olor de benjuí y en el altar se consumaba el divino sacrificio; el Hombre Dios descendía del cielo, al llamamiento de su sacerdote, para consagrar en la tierra el triunfo del barón Jorge Du Roy.

Buen Mozo, que seguía siempre de rodillas al lado de Susana, había besado la frente del crucificado, y en aquel momento sintióse casi creyente, casi religioso, lleno de reconocimiento hacia la divinidad que de aquella suerte le había favorecido y que le trataba con tantos miramientos.

Y sin saber de un modo exacto á quién se dirigía, le daba gracias por su éxito.

Una vez que los oficios fueron terminados, Du Roy se levantó y, dando á su mujer el brazo, pasó á la sacristía.

Entonces comenzó el desfile interminable de los asistentes. Jorge estaba loco de júbilo y se creía un rey á quien todo un pueblo se presentaba para aclamarle. Estrechaba las manos y balbuceaba frases que no significaban nada, saludaba y respondía á los cumplimientos diciendo : « Usted es muy amable. »

Cuando vió acercarse á Mme de Marelle, el recuerdo de todos los besos dados á aquella mujer y devueltos por ella, el recuerdo de todas sus caricias, y de sus gracias, el sonido de su voz y el gusto de sus labios despertó en su sangre un deseo brusco de poseerla de nuevo. Se presentaba hermosísima y resplandeciente de elegancia y Jorge contemplaba su gracioso aire de pilluela y sus ojos vivos y tnanantes, mientras que para sus adentros decía :

— No hay que negar que como querida es una querida encantadora.

Ella se acercó un poco tímida, un poco inquieta y le tendió la mano que Jorge retuvo entre la suya. Entonces sintió el discreto llamamiento de aquellos dedos de mujer y la dulce presión que perdona y olvida, y Du Roy estrechó también aquella mano pequeña como diciendo. « Yo te amo siempre, no soy más que tuyo. »

Su ojos se encontraron sonrientes y brillantes, llenos de amor. Clotilde murmuró con su voz graciosa :

— Hasta muy pronto, caballero.

— Hasta muy pronto, señora, respondió Du Roy alegremente.

M^{me} de Marelle se alejó.

Otras muchas personas se empujaban y la multitud iba pasando por delante de Du Roy cual si fuese un río de tranquila y mansa corriente. Al fin se aclaró la muchedumbre de invitados y se despidieron los últimos.

Jorge dió de nuevo el brazo á Susana para atravesar otra vez la iglesia que estaba todavía llena de gente, pues cada cual había ganado su plaza para ver pasar juntos á los novios. El barón marchaba lentamente con tranquilo paso, alta la cabeza y con los ojos fijos en la grande y soleada abertura de la entrada. Por su cuerpo sentía correr ligeros estremecimientos, esos estremecimientos fríos que las dichas inmensas producen.

Cuando llegó al frontispicio de la iglesia vió á la multitud allí reunida, que se agitaba bulliciosa por él, por Jorge Du Roy. El pueblo de París le contemplaba y le envidiaba.

Al levantar luego la vista y descubrir más allá, detrás de la plaza de la Concordia, la Cámara de diputados, le

pareció que iba á dar un salto desde el pórtico de la Magdalena al pórtico del Palacio de Borbón.

Lentamente descendió las gradas de la alta escalinata entre dos vallados de espectadores en quienes apenas si fijó la vista. Su pensamiento retrocedía entonces, sus ojos deslumbrados por aquel brillante sol de otoño vieron flotar la imagen de M^{me} de Marelle arreglándose frente al espejo los pequeños rizos de sus sienas, deshechos siempre al salir de la cama.



1034-04. — PARIS. IMPRENTA DE LA V^{da} DE C. BOURET. — 40-04.

